

Historia del código de Dresde

Autor: Dr. Velásquez García Erik (2017)

El código durante el siglo XVIII

El código fue adquirido en 1739 en Viena por Johann Christian Götze, director de la antigua Biblioteca Real Pública de Dresde, durante uno de sus viajes para adquirir libros en Italia. Götze se hizo de él en su camino de ida. A decir suyo lo encontró en la biblioteca privada de una persona, cuya identidad no revela, y lo “obtuvo fácil y gratuitamente”. En opinión del mismo Götze dicho documento “procede de la herencia dejada por algún español, que personalmente estuvo en América, o bien sus antepasados”. A su retorno a Sajonia lo entregó a la biblioteca en enero de 1740. Nada cierto se conoce sobre el código antes de estas fechas, y pocos son los datos que se tienen sobre él en el resto del siglo XVIII.

En 1963 Michael D. Coe publicó un hallazgo que mostraba que el código fue utilizado en 1796 por el Barón von Rocknitz, quien en una obra sobre decoración de interiores empleó sus diseños para adornar una habitación en el estilo “mexicano”.

El código durante el siglo XIX

Ya en el siglo XIX Carl A. Böttiger mencionó el código en una publicación sobre arqueología, que data de 1811. La noticia llamó la atención del Barón Alexander von Humbolt y del editor británico Lord Kingsborough. El primero decidió publicar cinco páginas de él en un “Atlas pittoresque”, que forma parte de su obra *Vues des Cordillères et monumens des peuples indigènes de l’Amerique*, cuyo prefacio lleva la fecha de 1813.

En 1826 el italiano Agustino Aglio visitó Dresde por orden de Kingsborough para realizar un facsímil del código por medio de calcas. Aglio no encontró un código unido, sino dos pedazos, uno de 24 y el otro de 15 hojas. No se sabe si el

Códice de Dresde

códice que adquirió Götze ya estaba dividido así o si se trata de una separación hecha después de su ingreso a la biblioteca, pero esta forma en que el códice fue encontrado por Aglio ha determinado la paginación confusa que tiene ese manuscrito hasta el día de hoy. *Grosso modo* puede decirse que la sección más larga corresponde a las páginas 1 a la 24 (anverso) o 61 a la 74 (reverso), mientras que el fragmento más corto va de la página 46 a la 60 (anverso) o 25 a la 39 (reverso). El códice fue publicado por primera vez de forma completa en el volumen 3 de la obra *Antiquities of Mexico* (1831-1848) de Kingsborough.

Aprovechando las cinco páginas que había publicado Humboldt, en 1828 Constantine S. Rafinesque-Schmaltz fue la primer persona que identificó el códice como "maya" y no "mexicano", en virtud de su semejanza con los numerales y jeroglíficos de las inscripciones de Palenque, dados a conocer años antes por Antonio del Río (1822). Rafinesque publicó su opinión en 1832 bajo formato epistolar: una carta dirigida a JeanFrançois Champollion. La filiación maya del códice fue ratificada años después por Gustav Klemm (1847), Brasseur de Bourbourg (1853), Thodor Waitz (1864) y otros estudiosos del siglo XIX.

En 1836 el nuevo jefe de la biblioteca, Karl Constantine Falkenstein, decidió colgar el códice entre dos vidrios de tal modo que los visitantes pudieran apreciar el códice por ambos lados. Pero como no cabía en la sala de exhibición por ser muy largo, le cortó cinco hojas a la sección más larga (que pasó de 24 a 19 folios) y las añadió como prefacio a la más corta (que creció de 15 a 20 folios). Años más tarde colocaría en la sala una cortina verde para proteger sus colores de la luz.

En 1865 Ernest W. Förstemann se hizo cargo de dirigir la biblioteca y siempre estuvo muy interesado por el códice. En 1880 publicó la segunda edición completa del mismo, usando una novedosa y precisa técnica llamada cromolitografía; en la introducción a esa edición de 1880 descubrió, entre otras cosas, su orden correcto de lectura. Una tercera edición completa fue dada a conocer por el propio Förstemann en 1892, pero en esta ocasión acompañada por un impresionante comentario donde determinó el funcionamiento de más del 80% de la estructura numérica, astronómica y calendárica del mismo, descubrió el sistema calendárico de la Cuenta Larga, propuso que los números mayas rojos son fechas, mientras que

Códice de Dresde

los negros son números de distancia (el lapso entre dos fechas), desveló la existencia de una “Tabla del planeta Venus” y describió el funcionamiento de algunos números que se encuentran encerrados entre círculos rojos (los llamados números de anillo). Ambas ediciones de Förstemann fueron impresas con las mismas planchas y cada una contó con un tiraje de 60 ejemplares. Su comentario general al código fue publicado en 1901 y luego en inglés en 1906.

Su compatriota Paul Schellhas se encargó de estudiar los dioses de los códigos mayas conocidos, publicando en 1897 en la ciudad de Dresde una obra clásica donde describe las principales deidades de esos manuscritos y las asocia con determinados bloques jeroglíficos (sus nombres propios). Puesto que no podía leerlos, decidió nombrar a cada dios con una letra del alfabeto, nomenclatura que con enmiendas posteriores se sigue usando. Schellhas publicó en inglés una versión corregida de su trabajo en 1904.

El código durante el siglo XX

En esta misma línea de trabajo, Alfred M. Tozzer y Glover M. Allen publicaron en 1910 una lista de los animales y sus posibles jeroglíficos nominales, según aparecen en los códigos mayas. Este trabajo y el de Schellhas son clásicos e indispensables para cualquier mayista.

La cuarta edición completa del *Códice de Dresde* vio la luz en Guatemala en 1930 y es obra de J. Antonio Villacorta y Carlos A. Villacorta. Se trata de una versión completamente dibujada a línea que, a pesar de tener algunas inexactitudes, sigue siendo de gran valor didáctico. Por ello fue reimpresa en 1976.

La quinta edición completa fue obra del antropólogo William Gates y data de 1932. Se trata de la primera edición en formato de biombo y de la única edición tipográfica, pues Gates mandó a fundir tipos especiales de imprenta para cada jeroglífico y, según parece, les colocó el color a mano.

Códice de Dresde

Por esa época florecían diversos acercamientos que abordaban el complejo entramado de las tablas astronómicas mayas, principalmente las de Venus (pp. 24, 46-50), eclipses (pp. 51-58) y una posible tabla de registros de los movimientos de Marte (pp. 43b45b). Entre los autores que hicieron adelantos en la materia pueden mencionarse Carl E. Guthe, Hans Ludendorff, Maud W. Makemson, Philip A. Means, Herbert J. Spinden, John E. Teeple y Robert W. Willson, entre otros. El corto espacio de esta introducción no me permite detallar la producción académica al respecto. Y en las líneas que siguen tan sólo mencionaré las ediciones más conocidas del *Códice de Dresde*.

Antes de continuar es preciso decir que durante los bombardeos contra la ciudad de Dresde ocurridos al final de la Segunda Guerra Mundial el códice sufrió serios daños por agua, deslavándose muchos de sus colores y jeroglíficos, aunque su integridad fue preservada debido a los vidrios que lo protegían –y aún lo protegen. La destrucción parcial de la ciudad es la causa por la que el códice abandonara la Biblioteca Real Pública de Dresde para pasar a su sede actual, la Biblioteca del Estado de Sajonia.

Thomas Lee (1985) menciona un par de ediciones completas que jamás he visto. La primera, de 1947, por la Librería Anticuaria Guillermo M. Echaniz (México), y la segunda, de 1961, en la Unión Soviética, hecha por E. V. Eureinov, Y. G. Kosarev y V. A. Ustinov.

Durante los años cincuenta destacan las profundas investigaciones que Günter Zimmermann (1956) realizó sobre el *Códice de Dresde*, proponiendo varias rectificaciones a la lista de dioses de Schellhas y realizando el primer estudio para determinar las manos de los escribas y/o pintores que intervinieron en su factura.

Para ese tiempo hacía mucho que los mayistas se habían percatado que la página 24 del códice era solamente el prólogo o introducción a la “Tabla de Venus”, que se concentra de la página 46 a la 50, aunque la costumbre de numerar la página 46 después de la 24 ya se había fijado por tradición y es la que seguimos en este trabajo. La primera edición que se atrevió a renumerar las páginas 46-60 como 25-39 (origen de las dos numeraciones que el lector puede ver en algunas ediciones) es la que vio la luz en Berlín oriental en 1962, con prólogo de Eva Lips.

Códice de Dresde

Como en varias ediciones posteriores, ésta se basaba en la clásica de Förstemann, de 1892. Al año siguiente (1963) Yuri V. Knórozov publicó la primera de sus ediciones, mientras que en 1966 Rolf Krusche publicaría a color, en Leipzig, la primera versión tomada directamente del código dañado luego de la Segunda Guerra Mundial.

La versión más influyente de todos los tiempos es sin duda la de J. Eric S. Thompson (1972), publicada en Filadelfia por The American Philosophical Society y más tarde en castellano por el Fondo de Cultura Económica (1988). Es una edición con formato de biombo, tomada de la edición de Förstemann de 1892, con copiosos y eruditos comentarios que sólo ese gran mayista podría hacer. Thompson fechó el código entre 1200 y 1250 d.C. y planteó que su área de procedencia más probable era la región de Chichen Itzá. Cabe decir que a lo largo de su vida este erudito hizo importantes modificaciones a la lista de dioses de Schellhas-Zimmermann.

Poco después Helmut Deckert y Ferdinand Anders publicaron en Graz, Austria, otra bella edición a color, en formato de biombo, acompañada de un libro introductorio, bajo la casa editorial de la Akademische Druck- u. Verlagsanstalt. Lee (1985) llama la atención hacia una edición modesta y económica, con mala reproducción, publicada por Gilberto Ramírez Acevedo (1979) en la ciudad de México, por parte de la editorial Tradición.

Una síntesis de nuestros conocimientos sobre los cómputos y tablas astronómicas del *Dresde* fue publicada en 1978 por Floyd G. Lounsbury, acompañada de importantes observaciones críticas. En 1983 Lounsbury propuso que la institución histórica de la "Tabla de Venus" tuvo lugar el 23 de noviembre de 934 d.C., aunque cuenta con diversos mecanismos que permitían que la tabla fuese usada posteriormente, corrigiendo los desfases. Las investigaciones astronómicas de Lounsbury continuaron hasta 1992. La tradición de estudiar la astronomía en los códigos mayas ha sido cultivada admirablemente en años más recientes por Victoria R. Bricker, Harvey M. Bricker y Susan Milbrath.

Códice de Dresde

Respecto a la edición de Lee (1985), cabe decir que fue tomada directamente del códice dañado luego de la Segunda Guerra Mundial. Fue publicada en Tuxtla Gutiérrez por la Universidad Autónoma de Chiapas, junto a los otros códices mayas. En lo que concierne al *Dresde* es una mala reproducción y la introducción es muy básica, aunque contiene datos útiles.

Un año más tarde Merideth Paxton (1986) presentó una tesis doctoral sobre los aspectos estilísticos e iconográficos del códice. En ese mismo año Gordon Whittaker mostró que en la “Tabla de Venus” estaban escritos los nombres de deidades nahuas a través de jeroglíficos mayas. Ello fue seguido poco después por la tesis de Karl A. Taube (1988), que versa sobre las páginas del códice que describe las ceremonias de año nuevo (pp. 25-28), encontrando importantes conexiones entre los mitos, los ritos y los pronósticos, en especial el del diluvio y la erección de los cuatro árboles cósmicos. Este mismo autor, junto con Bonnie L. Bade (1991), profundizaron en la propuesta de Whitaker, al enfatizar la presencia del dios nahua <Xiuhtecuhtli> en el *Dresde*.

Años más tarde Taube (1992) publicaría un análisis erudito y muy detallado de los dioses identificados inicialmente por Schellhas, proponiendo diversas interpretaciones novedosas. En ese mismo tenor, Gabrielle Vail (1996) presentó su estupenda tesis doctoral sobre los dioses en los códices mayas, que fue seguida al poco tiempo (1988) por la útil tesis de Laura E. Sotelo Santos sobre los dioses en el *Códice de Madrid*, publicada en 2002.

Fue en el marco del XXIst Maya Hieroglyphic Forum at Texas donde Linda Schele y Nikolai Grube dieron a conocer su lectura completa de los jeroglíficos del *Códice de Dresde* (1997), que fue seguida poco después por otro comentario al códice completo, publicado en París por Michel Davoust (1997). Ambos trabajos utilizan los dibujos a línea de las ediciones de Villacorta y Villacorta.

Un año después apareció en Guatemala una bella edición a color, con formato de biombo, aunque sin comentarios, titulada *Kumatzim Wuj Jun: Códice de Dresde* (1998), a cargo del grupo Cholsamaj; está basada en la de Förstemann de 1892. La última edición del siglo XX quizá corresponde a la que editaron en 1999

Códice de Dresde

Patricia Rodríguez Ochoa, Edgar Gómez Marín y Myriam Cerda González en marco del *Compendio Xcaret de la escritura jeroglífica maya descifrada* por Yuri V. Knórozov, de la Universidad Autónoma de Quintana Roo.

En 1994 el lingüista Robert Wald presentó una tesis sobre los idiomas que estaban representados en el *Códice de Dresde*, trabajo que fue seguido en 1997 por el epigrafista español Alfonso Lacadena, llegando a la conclusión de que los códices conocidos fueron elaborados por escribas yucatecanos que, sin embargo, estaban entrenados en una antigua lengua de prestigio cholana, heredera del periodo Clásico, razón por la cual son una mezcla de idioma vernáculo y lengua antigua fosilizada o arcaica. El tema del bilingüismo de los códices mayas sería explorado por Bricker y Vail en el año 2000, y Wald regresaría a él en 2004.

El códice durante el siglo XXI

Hasta donde tengo noticia, la primera edición completa del códice producida en el siglo XXI data de 2007 y se titula *Los códices de Dresde, París y Grolier. Ri mayatz'ib' k'o Dresde, París xuquje' ri Xk'ut pa Grolier*, con comentarios de Federico Fahsen Ortega y Daniel Matul Morales. Fue publicada en Guatemala, las reproducciones son muy nítidas y a color, pero los comentarios son básicos.

Otra vía de investigación sobre los jeroglíficos mayas, que incluye también a los códices, es la de los tropos o figuras retóricas, que permiten analizar ese tipo de testimonios como ejemplos de la literatura maya: metáforas, paralelismos, sinonimias, etcétera, algunos de los cuales aparecerán en este comentario; en este tema destacan las aportaciones de Lacadena (2007; 2009; 2010; 2015).

Un catálogo de jeroglíficos de los códices mayas fue publicado en 2009 por Martha J. Macri y Gabrielle Vail, lo que constituye una valiosa herramienta de trabajo.

Códice de Dresde

El origen histórico de la “Tabla de Venus” se aclaró un poco más en 2010, cuando Lacadena publicó un trabajo que atañe a un patrón de fechas presentes en monumentos mayas del siglo IX, donde las primeras salidas de la estrella matutina se relacionan con guerra y sacrificio. Dicho fenómeno, según cree, no es anterior al año 800 d.C. y está presente en el *Dresde* de forma clara, a través de dioses venusinos flechadores. Arturo Pascual Soto y yo hemos verificado esta hipótesis en inscripciones del siglo IX procedentes de El Tajín.

En este rubro del cielo es preciso mencionar la colosal obra *Astronomy in Maya Codices*, publicada por los esposos Bricker y Bricker en 2011, que reúne todo nuestro saber sobre el tema en un erudito compendio de más de 850 páginas. Este par de estudiosos han retado la idea tradicional de que los almanaques adivinatorios de los códices contienen fechas que no pueden ser ubicadas con precisión en el tiempo, pues se repiten cada 260 días. En lugar de ello argumentan que muchas veces existen datos que ayudan a fechar de forma precisa los pasajes de los códices en el tiempo real y lineal.

Los antecedentes históricos de la “Tabla de Eclipses” del *Dresde* también fueron dilucidados gracias al hallazgo de unas pinturas murales en Xultún, sitio maya del Petén guatemalteco, que datan de ca. 800 d.C. William A. Saturno, David S. Stuart, Anthony F. Aveni y Franco Rossi mostraron como entre otras cosas ya los mayas contaban con tablas lunares semejantes a las del *Dresde*, que arreglaban el tiempo en periodos de posibles eclipses con 6 lunaciones de longitud (177 o 178 días).

Según parece, la segunda edición completa del código en el siglo XXI fue publicada en alemán por Nikolai Grube (2012); contiene comentarios muy concisos página por página, pero con una calidad fotográfica extraordinaria, tomada del código tal como se encuentra actualmente. En ese mismo año Grube organizó un simposio sobre el código en la misma biblioteca donde se encuentra el mismo; el propio Grube presentó un magnífico estudio sobre los escribas que elaboraron el código, identificando seis amanuenses, mismo en el que se apoya este comentario; mientras que John F. Chichiak IV propuso una nueva hipótesis sobre su procedencia, la cual asocia con Campeche.

Códice de Dresde

En ese mismo año Éric Taladoire publicó en París una lujosa edición completa de los tres códices que están en Europa: *Les trois codex mayas* (2012), que podría considerarse la tercera edición completa del *Dresde* en el siglo XXI. En lo que a este manuscrito se refiere son fotografías de alta resolución tomadas directamente de original, tal como luce a principios del siglo XXI. No cuenta con comentarios página por página, sino con una introducción general a la cultura maya, otra también general o global sobre los códices mayas y una introducción también panorámica a cada uno de los tres códices que están en Europa.

Actualmente descuellan los trabajos de Gabriel Vail y Christine Hernández, quienes de forma incansable han revolucionado nuestra apreciación sobre los códices mayas; en 2013 publicaron un libro donde proponen que todos los pasajes adivinatorios de los códices tienen un fundamento mítico y un significado ritual, ligando así el pasado con el futuro a través de la ejecución ceremonial.

En México la Dra. Sotelo Santos continúa sus estudios sobre los temas religiosos de los códices, mientras que en el Seminario de Arqueoastronomía de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, dirigido por Jesús Galindo Trejo y Stanislaw Iwaniszewski, las tablas astronómicas del *Dresde* siguen siendo materia de investigación. Estos esfuerzos constituyen de algún modo una muestra de continuidad, pues durante el siglo XX el código no dejó de interesar a estudiosos mexicanos, entre los que destacaron Roberto Escalante Hernández y Maricela Ayala Falcón.

Los especialistas parecen haber aceptado que en el *Códice de Dresde* existen abundantes elementos de idiomas cholanos, que se asocian con la tradición escrita del periodo Clásico, pero no estaban seguros de cuál era la lengua yucatecana vernácula de sus escribas, si maya yucateco, itzá o mopán. El lingüista ruso Albert Davletshin ha hecho importantes contribuciones al respecto, al sostener que la ortografía de muchas palabras escritas en el *Dresde* sugiere que están en itzá o mopán y no en yucateco.

Código de Dresde

Un punto de acuerdo que se percibe en los trabajos más recientes es que el código pudo haberse elaborado en una época no muy lejana a la Conquista española (tal vez en el siglo XIII), pero que tiene pasajes cuyos originales datan de siglos anteriores (entre el V y el XII), mismos que fueron copiados y reinterpretados hasta adquirir la forma que conocemos.

La edición más reciente sobre código que existe hasta el momento es la que escribió el autor de este mismo texto –Érik Velásquez García- para los números especiales 67 (2016) y 72 (2017) de la revista *Arqueología Mexicana*. No sólo contiene comentarios página por página, sino un esfuerzo por leer fonéticamente y traducir todos los jeroglíficos de código tomando en cuenta los avances recientes de la epigrafía. Las fotografías de ese comentario fueron tomadas de la edición de Förstemann (1892). El ejemplar que fue consultado pertenece a la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia del INAH.